

roso Dux Marino Falliero que sacrifica la vida por defender el partido popular frente al poderío de la aristocracia...

Pero volvamos a la realidad. Vivimos una noche veneciana del siglo veinte. Las parejas que cruzan su góndola con la nuestra son habitantes de la Europa de nuestros días, africanos de Argel, aventureros del Orange y del Transvaal, habitantes del Canadá y del Labrador, millonarios de América, indios del Ganges, colonos australianos y zelandeses. Gentes del mundo entero que quieren gozar una noche del golfo veneciano.

Ya en el centro alejado de la costa brota de la superficie de las aguas la barca misteriosa y sonora, coronada de luminarias multicolores, donde se tañen los instrumentos de cuerda y se entonan melódicos cantos. Nunca, como aquí, parecieron tan dulces los amorosos acentos de Floria, ni tan desesperados y tristes los trinos del «adio a la vita» del Caballero Cabaradosi ni tan argentinos y puros los gorgoros de la *povera figlia di Rigoletto*.

Recostados en la oscuridad, sobre los almohadones de las apiñadas góndolas, cada uno de los oyentes rinde culto al amor, simbolizado en los farolillos luminosos.

Para unos es el amor rojo que retuerce las ardientes lenguas de su llama infernal.

